RELACION NUEVA
EL VALOR
BIEN EMPLEADO,
POR
LA HERMOSA
DOÑA
BLANCA.

NAcí en Flandes, aquel raro
prodigio, donde la fama
por las etereas mansiones
tantos blasones alcanza:

aquel

aquel centro, aquel asombro
de las ciencias, y las armas,
en quien de marciales glorias
tantos triunfos se señalan:
aquel; pero en mis razones
está demas su alabanza,
porque en sus grandezas sobra,
quanto mi discurso falta.
Desde mis primeros años,
quando aquellas luces claras
del tiempo de la razon,
que es de nuestra vida el alva,
amanecieron en mí,
y con dos lineas doradas
la edad de diez y ocho años
me sacó el tiempo à la cara,
me incliné, mas que à las letras,
al manejo de las armas.
Continuo divertimiento
era en mí el monte, y la caza;
porque de la guerra son
una muda semejanza.
Corriendo tras mi destino,
salí una hermosa mañana,
de Mayo donde Amaltéa,
solicita, y cortesana,
en exercitos lucidos,
introduxo copia tanta
de flores, que al verlas, dixe,
dandole al Autor las gracias:
Sin duda la Primavera
à Cortes sus flores llama
à este sitio, pues, que junta
tan opulentas esquadras.
Cansado ya de mirar,
tronco à tronco, y rama à rama,
la esmeralda entre claveles,
y el clavel entre esmeraldas,
llegué à la aplacible margen
de un arroyo, cuyas aguas,
quando en cristal atesoran,
dan desperdicios en plata.
Apeeme del caballo,
y atandole de una rama,
la escopeta arrimo, y tirando
sobre la arena la capa,
busco el sosiego, y apenas
à descansar empezaba,
quando oygo ruido lejos;
exâmino las pisadas,
pongo el oido, vuelvo el rostro,
veo que à mí se acercaba
un hombre, llegose à mí,
él no llegó con palabras,
luego palabras con él
alli fueron escusadas.
Con lengua de fuego habló,
y con prudencia irritada,
y colera, le respondo
con la lengua de mi espada:
cruel sangriento me embiste;
yo le tiro, él se repara.
Mas viendo que su peligro
evidente se mostraba,
con una pistola vibra
contra mí postas y valas;
mas viendo la disparó,
le busco con tanta rabia,
que
que quando el humo pasò,
ya estaba muerto à mis plantas.
Victorioso, aunque confuso,
sin saber de quien triunfaba,
llegò y descubriole el rostro:
aqui me turbè, pues halla
mi valor à un Caballero
de lo mejor de mi Patria,
sobrino de un gran Señor,
heredero de su casa,
y le obligaron asi
los zelos de cierta Dama,
que al paso que à mí favores,
à èl desfavores le daba.
Embaynè el luciente acero,
que fue inexpugnable Parca
de su desdichada vida.
Montè à caballo, à mi casa
doy vuelta, juzgando, que
no hubiera quien me buscára;
mas dentro de pocas horas
saliò el suceso à la Plaza,
y entre diversos corrillos,
Nobles y Plebeyos, daban
diferentes coloridos
al lienzo de mi desgracia.
Finalmente, la Justicia,
rigorosamente manda,
que vivo, ò muerto me prendan.
No sè que lengua villana
pudo descubrirme; y viendo
del modo que me buscaban,
y tan cierto mi peligro,
apelè al santo de mata,
antes que à ruegos de buenos.
Dexè mi casa y mi Patria;
gastè algun tiempo en Madrid,
y sin duda allá pasára
toda mi vida, à no haberme
sucedido otra desgracia.
Pasè desde alli à Sevilla,
que es la maravilla octava
del mundo, y en breves dias
vi sus calles, y sus plazas.
Fuime à la Ciudad de Cadiz,
à tiempo, que en ella estaba
el Señor Don Luis Faxardo
de General en la Armada:
en la Admirante sentè
plaza de Soldado. O quantas
cosas remito al silencio
por no alargar su substancia:
Solo de paso dirè,
que dando velas y xarcias
al imperio de Neptuno,
sobre su escarchada plata,
flamulas y gallardetes
eran bolantes, que daban
admiracion al mundo,
asunto mucho à la fama.
Sucediò, pues, que una tarde
à bordo de la Almiranta
me desmintiò un Capitan,
yo al ver manchada mi fama,
lleno de ira le arrojo
una mano à la garganta,
y sacando con la otra
una muy lucida daga,
le

le dixe: Dios te perdone,
quando él dixo: Dios me valga.
Mi General se irritò
contra mí, y al punto manda,
me den muerte, y yo viendo
su rigor, me tiré al agua:
disparandome dos tiros,
Dios me librò, cosa clara;
y haciendo remos los brazos,
racional baxél surcaba
el pielago de zafir,
hasta llegar à una playa,
en donde estuve tres dias.
Dexo à parte cosas varias
de sucesos y prodigios,
donde en Provincias estrañas
nunca de mí descubierto
mi valor se acreditaba.
En hombros de mi fortuna
vine à Paris Corte en Francia,
donde al Rey servia, y donde
me exercitaba en las armas,
y gané tantos laureles,
que me hizo en breve la fama,
si entre los Soldados Marte,
Adonis entre las Damas.
Estaba à este tiempo presa,
y aun à muerte sentenciada
una gallarda Francesa,
si hermosa, tan desdichada,
à quien su negra desdicha,
le puso el nombre de Blanca:
y no es lastima primera
Blanca hermosa, y desdichada.

Llegò el dia del suplicio,
y por las calles, y plazas
amanecieron carteles,
diciendo en letras doradas:
Por adultera, à la muerte
está sentenciada Blanca.
Seis horas tiene de vida,
termino, que se señala
à quien defender quisiere,
su honor, su vida, y su fama.
Era la Ciudad tropel
confuso de voces, y armas:
dividido el vulgo en vandos
haciendo quadrillas varias,
sobre si era justo, ò no,
civiles guerras armaban;
si bien ser injusta muerte,
todos los mas afirmaban.
Al ir llegando à una esquina,
con mucho recato, y maña,
veo un hombre haciendo señas:
llegose à mí, con palabras
turbadas, me dixo: A vos
aquesta empresa os aguarda,
haced como Caballero:
Fuese y dexome una carta,
rompi la nema y decia
de esta suerte: Bien la fama
da à entender en vuestros echos
que os asiste sangre clara,
y altas prendas os ilustran,
yo estoy sin honra, y sin fama,
sin amparo, y sin consuelo,
y sin vida, pues me faltan
tres

tres horas para morir:
hago à las luces sagradas
testigos de mi inocencia,
y asi libro en vuestra espada
mi vida; hacedlo por Dios:
él os guarde, Doña Blanca.
Confuso quedé, y qualquiera
aseguro lo quedára,
porque esta era una señora,
à quien jamás vi la cara.
Por un mar de confusiones
mi discurso navegaba,
ya timido, ya resuelto,
sin determinarme à nada.
Yo acá para mí decia:
no resolverme, es infamia,
determinarme, es locura:
valgame Dios! esta causa
no es piadosa, quando busca
amparo una desdichada?
Mas preguntarme solia
fuera de estas circunstancias:
no es causa de Dios? Pues Dios
ha de volver por mi causa.
No muera Blanca, no muera,
y pues que de mí se ampara,
ò yo he de perder la vida,
ò ella restaurar su fama.
Determinome en efecto,
y con presteza, y con saña
mandé ensillar un caballo
tan obscuro, que juzgara
ser de Etiopia nacido,
qualquiera que lo mirara.

Vestime de negro trage,
negras y doradas armas,
negra la silla del bruto:
empuñé una negra lanza,
di plumas negras al viento,
y al rostro una negra vanda,
debido luto de un hombre,
al muerto honor de una Dama.
Saqué sobre campo negro
con unas letras de plata
un mote, y decia asi:
Yo soy un rayo con alas,
que en contra de la mentira
traygo la verdad por armas.
Con estas tristes insignias
confuso llegué à la Plaza:
entré por ella, y apenas
de balcones y ventanas
me vieron, quando un tropel
se movió de voces varias,
con confusion, que al oirlas
el bruto, que gobernaba,
alborotado no cupo
en sí, ni en toda la Plaza.
Di vuelta por toda ella,
como todos ignoraban
quien era, dieron aviso
de mi venida, à la sacra
siempre Augusta Magestad
del Rey. A este tiempo estaba
dispuesto un triste teatro,
de lutos horrible mapa,
pira de horrores confusa,
arca de miserias, y armas:
y

y en èl confusa y llorosa,
en una silla sentada,
vistiendo un negro ropage
estaba la hermosa Blanca,
sin orden suelto el cabello,
descolorida la cara,
y à un devoto Crucifixo
devotamente inclinada,
diciendo con mucha fe:
De la calumniosa infamia,
que me imputan, solo à Vos
apelan mis esperanzas.
Ya era la hora postrera
de su vida desdichada,
quando son de marcial eco
de trompetas, y de caxas,
con gran pompa y bizarria
fueron entrando en la Plaza
tres mantenedores, y uno,
que era el que campeaba,
entrò en un caballo blanco,
tan soberbio, que negaba
las obediencias al freno,
y tan hijo de su rabia,
que era à su arrogante ardor
la tierra breve distancia.
Habia el gallardo joven
as, y galas leonadas,
mismo color jaez
guarniciones de plata,
el rostro, y un mote,
la estas palabras:
soberbio Leon:
se perdiera ò faltara
furia, valor, y osadia,
solo en mi brazo se hallara.
Entrò el segundo en un bayo
dorado, cuya arrogancia
se acreditò hijo del Boreas;
tal era su furia, y tanta,
que con cabeza, y con pies
pareciò que à entender daba,
ò que era trueno con vida,
ò que era rayo con alma.
De celeste terciopelo
era la librea y gala
del ginete, con perfiles
de oro, y las plumas blancas,
cubierto el rostro, y un mote,
que decia estas palabras:
Yo solamente en el mundo
sè vencer, y ganar fama.
Entrò el tercero despues
en una yegua alazana,
gallarda, y de hermosa vista,
tan soberbia, y arrojada,
que al ver su terrible furia,
dixo la gente à la entrada:
Dios te sosiegue, à la yegua,
y al ginete; Dios te valga.
De damasco carmesi
era la librea y gala
del ginete, en quien el oro
bellos bordados esmalta,
tremolando de un penacho
al ayre mil plumas blancas,
cubierto el rostro y un mote,
que dice en breves palabras:
Es-
Es tan activa mi furia,
y tan ardiente mi rabia,
que si mil mundos hubiera,
à mil mundos abrasara.
Despues de las ceremonias
para este efecto, las caxas
hacen seña, y yo salí
del puesto donde me hallaba;
llegué al cadahalso, y dixe
à la Real desdichada:
Señora, tened valor,
que esta vida, que os ampara,
va à morir por vuestra honra,
pidele à Dios que me valga:
y me respondió: El os guie,
en vuestra defensa vaya.
El primer Mantenedor
me presentó la batalla,
se trabò la lid cruel,
mas me dí tan buena maña,
que se acabó la pelea:
quando entendí que empezaba.
Cayó difunto en el suelo:
lleno de colera y rabia
salió el segundo, gran rato
tuvo el Sol en nuestras almas
que admirar, mas permitió
mi fortuna, ò su desgracia
que él y el bruto à un golpe mio
victorioso me llamaran.
Dió orden el Rey, que de alli
un rato me retirara;
yo dixe: Decidle al Rey,
que estimo con toda el alma
sus mercedes, que quien sirve,
hasta vencer no descansa
que tiempo habrá para todo,
pues es poco lo que falta.
Llegué à mi competidor,
que ya en el puesto aguardaba,
y tan recio à mí partiò,
que me hizo crugir la lanza,
tan soberbio era, y tan diestro,
y alcanzaba tal pujanza,
que me sacó de la silla:
cai en tierra, Dios me valga!
dixe entonces; pero presto
me levanté, y à la espada
remeti de su osadia
el castigo y la venganza.
Despues de lidiar un poco,
perdiò la silla, y me llama
de los brazos; yo la acepto,
y con colera, y con rabia,
ò como Leon sangriento
tal conmigo lo estrechaba:
tanto llegué à sofocarlo,
tanto, que apenas hallara
lugar por donde salir,
con ser espiritu el alma.
Cayò en fin, como los otros,
y con voces mal formadas
dixo: Blanca, esposa mia,
por complacer una Dama,
(qué dolor!) por repudiarte,
y por deslucir tu fama,
de adultera te imputé,
y esta verdad la declara
mi

mi conciencia, para qué,
si no en todo, satisfaga
en parte de la osadia,
el castigo, y la venganza;
y diciendo esto murió.
Las trompetas, y las caxas,
Grandes, Nobles, y Plebeyos
por mí la victoria aclaman.
Todos dicen: Blanca viva,
y yo dixe: Viva Blanca.
Subí al cadahalso, y corté
de sus manos las lazadas:
la baxé en hombros; triunfante
del muerto honor que lloraba.
Llegué hasta los pies del Rey
y le dixe: Asi descansan
los que tienen sangre noble;
y pues llego à vuestras plantas
con honra honor, y con vida,
agradeceré, si alcanza
mi humildad, que me conceda
la hermosa mano de Blanca,
para que mi dueño sea,
dando asuntos à la fama.

F I N.